

# El Decimosexto Congreso del Partido Comunista Chino y los Juegos Olímpicos de Beijing

Jonathan Story\* y Rafael Bueno\*\*

## RESUMEN

Con la introducción de las reformas económicas iniciadas por Deng Xiaoping a finales de los años setenta y con el ingreso en la Organización Mundial de Comercio en 2002, China está en el sendero de la economía de mercado. Las normas internacionales, o lo que es lo mismo, occidentales en lo referente a la buena gobernabilidad han sido ya introducidas en el propio corazón del sistema chino. A esta rápida evolución de la economía y de la sociedad china sólo le falta la introducción de las reformas políticas, las más peligrosas por el desafío que suponen para el propio Partido Comunista Chino (PCCh). En el poder desde hace cinco décadas, el PCCh ha comenzado una importante transformación, a pesar de intentar dar la impresión de que permanece verbalmente anclado en antiguas doctrinas. Estos cambios podrían significar un suicidio político, ya que los Juegos Olímpicos de 2008 en Beijing pueden ser precedidos por una gran liberación de las instituciones chinas. Resta por saber si el Partido será capaz de controlar todas las consecuencias.

*Palabras clave: China, geopolítica, desarrollo económico, política interna.*

\*"Shell Fellow" en Economía y Profesor de Política Económica Internacional en el INSEAD,  
en Fontainebleau, Francia

\*\*Investigador en el Departamento de Economía y Ciencias Políticas en el INSEAD,  
Fontainebleau, Francia. Actualmente Director de la Secretaría Técnica, Diálogo Oriente Occidente,  
Casa Asia-Fórum Barcelona 2004.

Este artículo está basado en el Libro de Jonathan Story  
*China: The Race to Market* (London: Pearson, April 2003)

jonathan.story@insead.edu

rbueno@casaasia.es

Por primera vez en la historia de la República Popular de China (RPCh), el Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh) ha organizado una transferencia de poder generacional ordenada y pacífica, mientras todo alrededor del Estado-partido está en transformación.

La continuidad política en China, como la mayoría de los análisis señalan, contrasta con los enormes cambios ya iniciados en la economía y en la sociedad.<sup>1</sup>

Aquí, la cuestión reside en que el PCCh está en metamorfosis, verbalmente comprometido con la continuidad, pero en la práctica, comete un lento suicidio político al estar cambiando su naturaleza interior, mientras se desprende de su piel externa. Los herederos políticos de Mao siguen la política de Deng Xiaoping de poner la guerra de clases en la recámara, mientras el desarrollo se coloca en primera línea. La circunstancia de que China sea miembro, desde 2002, de la Organización Mundial del Comercio (OMC) ha introducido las reglas occidentales en el corazón mismo del sistema económico chino, mientras podemos esperar la introducción de discretos cambios de las normas políticas del PCCh de aquí a los Juegos Olímpicos en Beijing, en 2008. En otras palabras, hay razones para creer que China está emprendiendo el camino que la llevará a convertirse en una democracia de mercado de un Estado federal. La llave al éxito, hasta ahora, ha residido en la habilidad de los líderes chinos para aprender rápidamente de las consecuencias no planeadas de sus propias acciones. El liderazgo comunista hace ya tiempo que ha dejado en la cuneta las pretensiones ideológicas de sus antepasados, según las cuales, colectivamente, conocían la corriente que toman los asuntos humanos, y de ahí la política apropiada que debía aplicarse. Este artículo mira hacia atrás, comenzando desde la década pasada con los problemas inmediatos del PCCh, y su respuesta a la crisis en el Este asiático de 1997-1998, para centrarse en los poderosos motivos en contra de la inconsciente defensa del statu quo, en la irreversible interdependencia de China con el resto del mundo, y en las probables implicaciones que nos esperan.

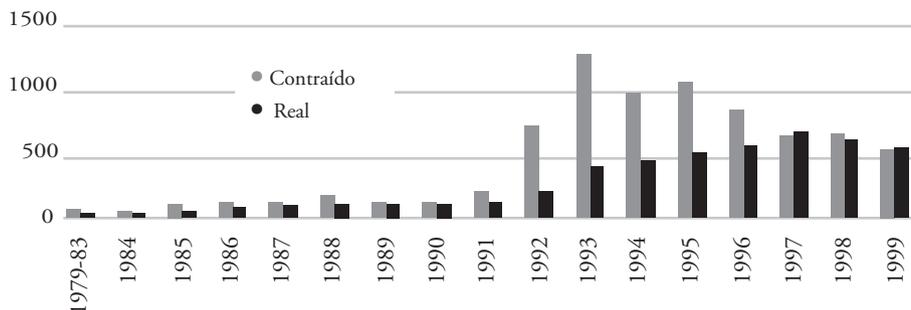
## DANDO EL PASO DECISIVO

Hace una década, la RPCh estaba todavía recuperándose de los problemas provocados por la hostilidad occidental ante las sangrientas reacciones del régimen para aplastar las demostraciones estudiantiles en la plaza de Tiananmen de junio de 1989, del colapso de los estados-partido en Europa del Este, de la victoria de la coalición liderada por EEUU sobre Irak a principios de 1991, y del derrumbamiento de la Unión Soviética en diciembre ese mismo año. En febrero de 1992, las negociaciones sobre el

acceso de China al GATT (Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio), interrumpidas desde el drama de Tiananmen, fueron reiniciadas, mientras Deng Xiaoping en su famoso viaje al sur de China anunció la idea de que no sólo los países capitalistas podían desarrollar una economía de mercado. Este concepto se convirtió en política oficial cuando el XIV Congreso del PCCh de octubre embarcó a China en unas reformas económicas más “rápidas y más atrevidas” en la dirección “de una economía socialista de mercado”, que implicaban la desregulación de precios, la privatización de empresas estatales y la promoción de inversión extranjera directa. Al final del año, los líderes chinos firmaron un memorando de entendimiento con la administración saliente de Bush para acelerar la apertura de mercado. A fin de hacer las cosas más claras, en diciembre de 1992, Deng tenía ya el poder total. Como si se tratase del Rómulo el Grande de Durrenmatt: los bárbaros (las democracias occidentales) estaban en las puertas de Roma (Beijing), y el emperador Rómulo (Deng) anunciaba que tenía la intención de salvar el Imperio (la China comunista) mediante su transformación. La única esperanza para Deng era establecer negocios con los bárbaros para evitar una catástrofe, el colapso y la eliminación, que sería aún peor que la introducción del capitalismo.

La administración entrante del presidente Clinton no inició sus relaciones con China con la idea de tratarla con ‘guantes de seda’. El Congreso aún estaba furioso por el trato que China había otorgado a los estudiantes, y las exportaciones de China hacia la Unión Europea crecían rápido. Esta atmósfera perduró durante todo el primer mandato de la administración Clinton, especialmente cuando ésta colocó a China en su lista negra de países no respetuosos con los derechos humanos, se opuso a la candidatura china para las Olimpiadas del 2000, criticó a este país por su política en Tíbet, y mantuvo los contactos de alto nivel al mínimo. Aún así, fueron meses en los que se pusieron los cimientos para la política de Deng Xiaoping de iniciar negocios con los *bárbaros*. El 28 de noviembre de 1992, Jim Rohwer, corresponsal en Asia para *The Economist* dio una llamada de atención en un número especial de 16 páginas titulado: “The Titan Stirs”. “China es ya el tercer país más importante del mundo –o la cuarta economía más grande, detrás sólo de los Estados Unidos, Japón y, tal vez, Alemania. Sin embargo, las cifras oficiales desdichan esto... Las cifras oficiales sobre China son un galimatías”. Larry Summers, por entonces el economista principal del Banco Mundial y más tarde una de las estrellas de la administración Clinton, complacientemente describía a China como si fuese a adelantar a los Estados Unidos como la primera economía del mundo entre el periodo del 2003 al 2014. El 10 de mayo de 1993, el *Times* publicaba un reportaje de 32 páginas titulado “The Next Superpower”. Al final del año, William Overholt, entonces director administrativo del *Banker’s Trust* en Hong Kong, lanzó su libro *China: The Next Economic Superpower of the World?*. La perspectiva de perder el “Dorado chino” provocó una verdadera inundación de inversiones extranjeras directas a China.

**Flujos anuales de Inversión Extranjera Directa (IED) a China: Importes contraídos y utilizados. 1982-1999**  
**100 millones de dólares**



Fuente: *China Statistics Yearbook*. 2000

A finales de los años noventa, ya era más que sabido que en China el genio de las reformas de mercado estaba fuera de la lámpara, mientras que el genio de las reformas por arriba o la revolución por la base luchaba para escaparse. Las reformas de Deng Xiaoping aseguraron el rejuvenecimiento de los mandos del PCCh, mientras que si lo comparamos con la postura de Breznev, por ejemplo, vemos que todos sus camaradas envejecían con el secretario general. La experiencia china ofreció una cierta prosperidad, y la posibilidad de ser un estimulante para aquellos que rechazaban evolucionar. La ideología de partido fue usada con flexibilidad, y las propuestas de instaurar un “mercado leninista a la occidental” para revolucionar el sistema fueron ignoradas para llevar a cabo una exploración cuidadosa de caminos alternativos para la acción. Aun incontrovertiblemente, el monopolio del partido sobre el poder se reducía rápidamente, al mismo tiempo que el régimen afrontaba una lista de problemas<sup>3</sup> cada vez más grande.

El primero de ellos hace referencia al partido-Estado: Éste es que se ha hecho más pluralista institucionalmente. La continuidad en los lazos entre el Estado, la ciudad y empresas del pueblo, y sus patrocinadores administrativos aseguran la competencia en los productos vía mercados, y omite las rivalidades burocráticas<sup>4</sup>. En este sentido, el Gobierno central ha tenido el problema de reconciliar las demandas que piden más mercado, por ejemplo en Guandong, y más subvenciones estatales, como en otras áreas como en la provincia Jilin. Por consiguiente, se han formado alianzas regionales entrelazadas –como en el noreste, el “*Pearl River*”, o la zona inferior del Yangtze–, debilitando el centro<sup>5</sup>. El legado de Mao de dejar en herencia poderosas administraciones locales puede haber tenido sus ventajas al permitir que se produjesen experimentos económicos, pero está lejos del ideal para un régimen que afronta tantos desafíos como el PCCh.

El segundo problema es la apertura aún mayor del abismo entre la ideología oficial y la realidad china. Los ingresos en las zonas rurales están estancados, la población *flotante* está en aumento, y en las ciudades los campesinos van sin rumbo, sólo para ser expulsados otra vez por la policía. La anarquía sigue creciendo. En las ciudades, trabajadores desempleados acaban a la deriva en bandas criminales. A finales de la primavera de 2001, la organización de Partido Comunista Chino publicó un informe abierto sobre el malestar popular titulado “China Investigation Report 2000-2001; Studies of Contradiction among the People under New Conditions”<sup>6</sup>. Este informe llamaba la atención en particular a la tendencia de los disidentes de conectar y apelar a la mayoría apolítica preocupada por el crimen, la corrupción o simplemente la dureza de las condiciones de vida. El régimen afronta una crisis de legitimidad: ha estado en el poder más de 50 años, sin tener que celebrar elecciones, la población joven nacida después de la fundación de la RPCCh es mayoría, y la mayor parte de los trabajadores y campesinos se encuentran alienados o, en el mejor de los casos, indiferentes.

El tercer problema se refiere a que la capacidad del partido para movilizar el entusiasmo de las masas parece atrofiada, desde que el partido abandonó su pasado revolucionario, el cual constituía su mejor credencial, para convertirse en un partido de *managers* que crece fuera de la red burocrática, típica característica de la China posttotalitaria. Ahora sólo pueden dibujarse distinciones muy sutiles entre la política y el negocio. Es casi como si una de las funciones centrales del PCCh fuera garantizar la prosperidad “del capitalismo de nomenclatura”. Con el corporativismo y el desposeimiento, los cínicos argumentan que simplemente se redistribuyen a otros los activos públicos de algunos miembros del partido y distritos. Los listados sobre las bolsas de Shenzhen y de Shangai han sido sujetos al poderoso amaño político, cuando los funcionarios del partido, los gerentes y demás tipos corporativos han guardado los derechos de propiedad dentro del ámbito de la familia comunista. Lamentablemente, estos procedimientos han ido acompañados por una explosión de la corrupción, la desaparición de activos, y el aumento del nivel de vida que ha producido que la brecha entre ricos y pobres se agrande.

El cuarto, el argumento de que el PCCh sostiene el monopolio de los privilegios por el bien de China suena cada vez menos convincente. Sin duda, las ventajas de tener un gobierno relativamente incompetente no han pasado indiferentes. La prosperidad está en aumento; las libertades personales son mayores; los estudios están abiertos al talento, en particular en los negocios; y, por encima de todo, el partido-Estado no está sobrecargado por altas expectativas públicas con respecto a su funcionamiento, y es al mismo tiempo considerado como una entidad conocida. Pero se ha hecho igualmente evidente, sobre todo para aquellos “que quieren ver”, que el número de personas descontentas no para de crecer, y que el espacio entre los activistas y la mayoría pasiva y apolítica se estrecha rápidamente. Está también claro que la capacidad coactiva del aparato del partido-Estado para tratar con los descontentos es inadecuada.

No menos importantes son las tentaciones recurrentes de los asustados cuadros del partido a usar países extranjeros como cabezas de turco. Los Estados Unidos, por ejemplo, y otros imperialistas occidentales, según ellos, están ahí para detener el resurgimiento de China como futura potencia en los asuntos internacionales, y para minar su régimen. No hay mejor receta para llevar a cabo esto que la exportación a China de las ideologías occidentales de pluralismo político y elecciones libres. Si alguna vez éstas fueran puestas en práctica en China, el país se desgarraría. Por otra parte, existe la creencia en el régimen que intentar formar una cohesión nacional contra el enemigo común, representado por los Estados Unidos, sólo puede llevar a un callejón sin salida. De nuevo, la Unión Soviética sirve como ejemplo de los riesgos que conlleva para un país en vías de desarrollo adoptar una postura de desafío permanente. No hay ninguna necesidad para China de sufrir el nacionalismo exacerbado, cuando un futuro próximo está justo delante con una prometedor prosperidad, un potencial *statu quo* de gran potencia, y quien sabe si una democracia de estilo chino.

Para muchos observadores extranjeros parece claro que la situación política actual en China no es sostenible. La paradoja en la situación del PCCh consiste en que defiende un *statu quo* indefendible, y sigue como fórmula política un gradualismo insostenible en una China que está cambiando más rápidamente. Si el PCCh permitiera que ocurriese otro desastre nunca sería perdonado. Esta es la razón por la cual los resultados del último Congreso del Partido Comunista son tan significativos. El PCCh tiene que introducir reformas en el partido en nombre de la estabilidad política de China. La evolución, no la revolución, es la receta para el éxito, y ahora mismo la evolución debe ser acelerada.

Con respecto a la continuidad, el nombramiento de Hu Jintao en el XVI Congreso del PCCh representa el primer caso en la historia reciente de la RPCh donde un líder es designado, en este caso por Deng Xiaoping, entrenado, y luego promovido satisfactoriamente al cargo más alto. Justo antes del Congreso, algunos precedentes indicaban que el puesto de “número dos” era algo así como “vivir con un tigre”. Antiguos “números dos” como Liu Shaoqi, Lin Biao o más recientemente Zhao Ziyang, ya fueron purgados y castigados antes de convertirse en “número uno”. Es también interesante recalcar que un “número uno” como Hua Guofeng –designado por Mao para sustituir a Zhu Enlai como primer ministro en 1976 y después para sustituir al propio presidente Mao unos meses más tarde, como secretario general y presidente de la Comisión Militar Central (CMC)– fue expulsado por Deng sólo dos años más tarde. Lo único que podemos afirmar ahora es que Hu Jintao ha sobrevivido como “número dos” pero, ¿sobrevivirá como número uno? La persona a seguir de cerca es Zeng Qinghong, el “protegido” de Jiang Zemin. Su carrera, ya desde su tiempo en Shangai como alcalde, ha transcurrido en paralelo a la de Jiang y cuenta con un pasado en la industria petrolera. Por otra parte, es respetado, a diferencia de Hu, entre los generales del Ejército Popular de

Liberación (EPL). No en vano, el padre de Zeng fue un general y está considerado como un héroe de la revolución. La presidencia de Jiang en la CMC, asegurada después del pleno anual del Congreso Nacional del Pueblo (CNP), en marzo del 2003, asegura este apoyo y refuerza la posición de Zeng dentro del Comité Permanente del Buró Político. La respuesta en cuanto al destino final de Hu Jintao como “número uno” deberá esperar hasta el próximo Congreso del PCCh de 2007.

Con respecto a los cambios, el proceso de desmaoización política ya ha comenzado y, además, no hay ningún signo de vuelta atrás. Los cambios que se han producido en la constitución del Partido durante este XVI Congreso son muy grandes y probablemente los más importantes para el futuro. Jiang se ha ganado un lugar en el particular cielo de la RPCh al lado de Mao y Deng, y su teoría de las “Tres Representaciones” ha pasado a ser reconocida oficialmente como la nueva ideología y el faro espiritual del país. Si el pensamiento de Mao Zedong es parte del pasado, la Teoría de Deng Xiaoping, que comenzó la desmaoización económica, ahora tiene un igual. El empuje de esta teoría está en ampliar el ámbito del partido más allá de sus fronteras tradicionales para abrazar una parte de la población mucho más amplia. De este modo, las masas apolíticas pueden ser separadas de los grupos activistas opositores en contra del régimen. Además, esta nueva teoría sirve también para incrementar la competencia de los miembros del partido, a través de elecciones dentro del partido, para obtener cargos más importantes. Como será argumentado más adelante, los incentivos para introducir cambios en las normas políticas oficiales, antes de los Juegos Olímpicos de Beijing de 2008, son considerables.

## CHINA Y LA CRISIS EN EL ESTE ASIÁTICO

Otro elemento decisivo fue la postura que mantuvo China durante la década pasada en la crisis económica del este asiático. Cuando se hizo evidente que la economía de la Guerra Fría para el Asia-Pacífico, centrada en los Estados Unidos, empezaba a ser ya historia, Japón fue incapaz de reponerse de la burbuja financiera de finales de los años ochenta. Más tarde, la crisis financiera contagió a las economías del llamado milagro asiático, una detrás de otra, mientras sus monedas se devaluaban paulatinamente. La experiencia firmó la sentencia de muerte del estado de desarrollo asiático. Sin embargo, China logró evitar este contagio gracias al ejercicio de un continuado control monetario, al tamaño de su mercado interior, al gasto contracíclico “*counter-cyclical spending*” y a los pasos posteriores para abrir el país a la inversión interna.

Hubo otros factores, tanto domésticos como externos, que determinaron que el liderazgo chino no se centrara únicamente en la defensa de un statu quo insostenible.

Entre estos figura la agenda de lo que se denomina la Gran China. En 1993, el gobierno de Taipei había iniciado una campaña para mejorar el perfil de la isla como un actor internacional por dos motivos principales<sup>7</sup>. Por una parte, Taiwán se encontraba como un rehén en la guerra comercial que enfrentaba a los EEUU y China. Los Estados Unidos rehusaron otorgar a China el estatus de país en vías de desarrollo debido a su alto nivel de exportaciones industriales. Pero la mayor parte de éstas provenían de las grandes inversiones taiwanesas en el continente, que llegaban a representar cerca del 50% de las exportaciones totales de la RPCh<sup>8</sup>. Esta situación se agravó cuando ciertos informes revelaron que las empresas taiwanesas en la China continental realizaban actividades delictivas, en relación con temas relativos a la propiedad intelectual. Por otra parte, a la tragedia de junio de 1989 en la plaza Tiananmen dio un fuerte impulso al movimiento pro democrático en Taiwán. Una de las principales reivindicaciones políticas fue acabar con la línea oficial de reunificación del partido dirigente en la isla, el Kuomintang, encarnada en la nueva posición de Lee Teng Huai. Esta decisión sin duda inflamó los espíritus en el seno del Partido Comunista en el continente, lo cual le llevó a romper relaciones con Taiwán en junio de 1995, y a llevar a cabo posteriormente ejercicios militares con misiles cerca de la costa de Taiwán, justo en el momento en el que se celebraban las elecciones generales de marzo de 1996. Las amenazas de la China continental tuvieron como respuesta que los EEUU desplegasen dos portaaviones en el estrecho de Taiwán.

Finalmente, tanto EEUU como China retrocedieron en su confrontación, y hacia octubre de 1997 las condiciones estaban ya bastante maduras para que el presidente Clinton inaugurase una nueva política<sup>9</sup>. En este nuevo acercamiento se acentuaban las ventajas que podrían tener los EEUU trabajando estrechamente con China en los numerosos desafíos que ambos tenían que afrontar en Asia Pacífico. El presidente Clinton insistió en que China tuviera entrada en “las instituciones y las disposiciones encargadas de crear las directrices para el siglo XXI –las alianzas de seguridad, los acuerdos de libre comercio, el régimen de control de armamentos, las coaliciones multinacionales contra el terrorismo, el crimen y el tráfico de drogas, los compromisos para conservar el medio ambiente y los relativos a los derechos humanos”-. Para el presidente Clinton, “todo esto constituye la mejor esperanza para asegurar nuestro propio interés y los valores de los Estados Unidos y al mismo tiempo hacer avanzar a China en su transformación histórica, comenzada hace ya 25 años, cuando China volvió a abrirse al mundo”. Una política pragmática de apertura entre los dos países dirigida a “ampliar nuestras áreas de cooperación con China respetando nuestras diferencias”. Esto era sin duda mucho mejor que la política de confrontación, sustentada en la creencia que las instituciones de China no podían evolucionar. Intentar enfrentarse a China y contenerla antes de que se haga demasiado fuerte es una medida “impracticable, contraproductiva, y potencialmente peligrosa”.

Para Beijing, un acercamiento con Washington supuso la adopción, con el debido tiempo, de las fórmulas occidentales para la buena gobernabilidad del país —la autoridad de la ley, derechos de propiedad, creación de instituciones responsables, la sociedad económica, así como la libertad de religión y opinión—. Hacer esto al estilo chino significaba que el Estado se reservaba el poder de establecer los detalles de su política, sin tener que desafiar las propias leyes, a diferencia de como lo había hecho Mao Zedong con anterioridad. Aún así, el salto cualitativo necesario para redefinir estas normas implicaría una prolongada lucha interna entre conservadores y reformadores. De ahí la preferencia por las reformas parciales mediante la experimentación, creando coaliciones ideadas caso por caso por los dos campos contendientes. Esto era mejor solución que provocar fracturas profundas en el seno del aparato político.

En cualquier caso, el régimen debe hacer juegos malabares para lidiar con tantos frentes: la ampliación de derechos civiles manteniendo viejos poderes; el desmantelamiento de sus propios privilegios ampliando el número de beneficiarios de esta transformación, como el establecimiento de un sistema judicial independiente en un país que carece de experiencia sobre lo que significa un sistema basado en un Estado de derecho; y la creación de una sociedad económica, afirmada sobre los derechos de propiedad privada, que estaría en plena contradicción con la revolución destructiva de Mao Zedong.

La ventaja de esta posición por parte del régimen es que la batalla legal tiene que ser ganada en todos los campos, los cuales están ineluctablemente unidos al proceso de reforma y de ajuste de normas industriales, a la elaboración de un código de trabajo y al desarrollo de un estilo chino regulador sobre mercados de capitales. A pesar de todo ello, los líderes chinos están dispuestos a correr el riesgo de la reforma sobre cuatro factores claves:

- El régimen no puede permitirse la defensa insensata de un *statu quo* indefendible, alegando que “China es diferente”. Con la seguridad del conocimiento de la especificidad del país, los líderes chinos ya animaron a aprender del extranjero: política federal estadounidense; el laborioso proceso común de marquetización de la Unión Europea; el manejo por parte de Israel del capital de empresa como la parte de su conexión militar industrial; la conversión de Irlanda en un tigre celta; las regulaciones financieras del mercado de Hong Kong o el modelo de desarrollo de Singapur, etc.

- El acceso de China a la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 2002 señala claramente la determinación del régimen de aceptar las coacciones y las ocasiones de interdependencia económica y política. Aceptar el juego de interdependencia no sólo significa que China quiere asegurar su posición como una potencia para poder contar en las negociaciones sobre el futuro del mundo, también ayuda a inclinar el equilibrio de las batallas y los debates domésticos a favor de los reformadores del régimen, y a favor de una China con confianza en sí misma y abierta al resto del mundo. Esto se traduce en una lucha permanente para controlar la agenda de la reforma y su contenido. Por este motivo, el acceso a la OMC tiene tanta trascendencia: la agenda

está predeterminada según acuerdos internacionales, y su contenido enmarca las condiciones del acceso de China.

– China ha aprendido, a fuerza de sinsabores, de los fracasos del periodo maoísta y de los desastres que hay que evitar de la política de “borrón y cuenta nueva” y “grandes saltos hacia adelante”. El logro de Deng y sus sucesores está en trabajar tanto por equivocación como por previsión, en una alianza conservadora entre lo viejo y lo nuevo como la esencia para que China tenga confianza. Los brotes ocasionales de orgullo y paranoia han tenido lugar en varias ocasiones: con Mao; después de la matanza de junio de 1989; durante la confrontación de marzo de 1996 con Taiwán; en la respuesta al bombardeo de la OTAN contra la embajada china en Belgrado; o a principios de 2001 con el incidente en el aeropuerto de Hainan. Una China confiada en sí misma tendería a ver a los otros más como compañeros que como enemigos.

– Los líderes chinos han escogido una política exterior inteligente, han afirmado una alianza previa con los EEUU como el compañero clave en la búsqueda para sostener un ambiente benigno en el cual China podría enfocar su urgente agenda de desarrollo económico<sup>10</sup>. Esta alianza sino-estadounidense está sin embargo sujeta con regularidad a tensiones, pero fácilmente es renovada y reforzada. En efecto, China está en vías de reasumir la relación que tenía con EEUU antes de 1949, cuando los norteamericanos eran sus compañeros principales en Asia. Esto sería un valioso premio, pero sólo puede ganarse introduciendo normas políticas y procedimientos aceptables para los poderes occidentales, y para EEUU en particular.

## NO A UNA DEFENSA SIN SENTIDO DEL STATU QUO

Parece claro que los líderes chinos prefieren correr el riesgo de llevar a cabo una reforma a permanecer anclados en un statu quo indefendible. Saben que si optan por el conservadurismo rígido, la probabilidad de que la RPCh repita la experiencia de la Unión Soviética es muy alta. Tal es el duro veredicto del libro, *best seller* en ventas, titulado *Viendo a China a través de un tercer ojo*, publicado en 1994, y escrito por un confidente de uno de los prominentes hijos de los altos cargos del régimen<sup>11</sup>. China –escribía el autor anónimo– no está cerca de la independencia industrial, sino más cerca de una vuelta al “da luan” del pasado. El régimen ha estado en el poder más de cincuenta años y nunca ha afrontado una elección. El descontento se extiende en los principales órganos del partido de los trabajadores y campesinos. “La crisis latente en la sociedad china es muy seria”, continua el autor, y el desastre vendrá provocado por una emigración masiva e incontrolable del mundo rural<sup>12</sup>.

Este es el “*Cassandras*” del régimen en al menos dos dimensiones: primera, la preservación de la consigna de Deng de que el PCCh debe perdurar como la única autoridad, y segunda, una amplia aceptación de la urgencia de los desafíos que enfrenta China cotidianamente. El punto donde la política pública diverge de los consejos de “Cassandra” es el referente a las reformas: mientras que los autores de *Viendo a China a través de un tercer ojo* sugieren reducir la velocidad de las reformas, el partido-Estado está cogido en un círculo imparable de transformación. Cuantos más mecanismos de mercado se permiten, más estructuras y políticas tienen que ser creadas y cambiadas. Consiguientemente, la protección insensata del statu quo no es una opción. Al contrario, el partido-Estado ha seguido con las reformas aceleradas, procurando asegurar que en cada área particular de la política haya un amplio apoyo institucional para hacer esas reformas viables. La urgencia de las reformas con que se enfrenta el régimen es recogida en la respuesta del antiguo primer ministro Li Peng a una pregunta de Ken Courtis, el vicepresidente de Goldman Sachs en Asia, sobre la tardanza de Li en decidir una política claramente antiinflacionista. "Sr. Courtis –fue su respuesta–, imagínese que usted corre una maratón, y que hay 1.300 millones de chinos que corren tan deprisa como pueden detrás de usted. ¿Giraría y les gritaría que se parasen?"

El desafío número uno para el régimen es el empleo. Para 2020, la economía tendrá que ofrecer trabajo a unos 400-700 millones de personas. Hay tres ingredientes clave para el éxito: el primero, mantener el mercado laboral flexible al máximo, a menudo a costa de los derechos de trabajadores; el segundo, delegar mucha más responsabilidad en los funcionarios de los municipios de tamaño medio, para emplear mejor los escasos recursos existentes en la construcción de la infraestructura; el tercero, controlar y usar de manera eficiente los escasos recursos. En la práctica, esto significa estimular al máximo el negocio privado. Con aproximadamente 15 millones de nuevos empresarios por año hasta 2020, se deben reestructurar las empresas estatales, así como las empresas de las ciudades y los municipios, y la agricultura, todo ello para dejar libertad a la empresa privada. Es el único camino hacia adelante en China; en caso contrario, sólo cabe esperar una explosión de paro y violencia, tanto en el campo como en la ciudad. Es importante señalar que la empresa privada creó nuevos empleos a razón de una media del 29% más por año en el periodo de 1990-2000<sup>13</sup>.

El desafío número dos es el crecimiento. Con un poco más del 3% del producto mundial, China es todavía un país de ingresos muy bajos. Más de 600 millones de personas vivieron con menos de 2 dólares al día en 2000, cifra comparable a los más de mil millones que viven en estas condiciones en el sur de Asia. Si de aquí al 2020 China mantiene el mismo nivel de desarrollo económico, esa cifra podría reducirse hasta los 200 millones, mientras que en el sur de Asia la cifra apenas habría variado<sup>14</sup>. Por otro lado, los índices de mortalidad han disminuido, y también el número medio de nacimientos. Esto ha creado primero un aumento del número de jóvenes, y un aumento

de la población que tendrá que ser empleada en el período 1990-2025, y a partir de entonces un aumento en la población no activa. Las implicaciones de los datos demográficos de China son bastante claras: sólo una economía dinámica, particularmente de mercado, puede esperar generar los empleos necesarios en China durante las próximas décadas. Los ahorros abundantes de China tendrán que ser canalizados de manera eficiente para levantar la productividad del trabajo y del capital a niveles donde la economía fácilmente pueda llevar al crecimiento en los gastos de pensiones y de salud de una población envejecida. Para asegurar una riqueza rápida, el potencial humano deberá igualmente desarrollarse. En este momento, China está clasificada en el puesto 119 del ranking mundial de gastos en educación.

El tercer desafío es sostener la alta tasa de los ahorros en su nivel actual, del 43% de los ingresos nacionales —lo que representa un récord mundial—, esto es el resorte esencial para el desarrollo del país. Las familias en China recurrieron rápidamente al ahorro para futuras generaciones después del desmantelamiento en los años ochenta de las comunas de Mao, seguidas de la privatización de los años noventa del sistema económico, en el marco del partido. Por suerte, los hábitos de abstinencia requeridos en el pasado para mantener una familia numerosa todavía perduran entre las parejas de trabajadores con un solo hijo. La mayoría de los hogares chinos ponen su dinero en los bancos, luego en bonos del tesoro, y finalmente algunos en activos financieros. Las consecuencias para la política del partido-Estado son más difíciles de soportar: para mantener la fe en el crecimiento de los mercados financieros en China, hoy el régimen tiene que acelerar el cambio estructural, desarrollar la empresa privada, poner en práctica leyes de bancarota para las empresas, crear transparencia en los mercados financieros y juzgar a todos aquellos que vulneren las leyes. El partido-Estado no tiene ninguna otra opción que la de asegurar a los inversores un retorno real de sus inversiones. Esto significa, al mismo tiempo, evitar toda política inflacionista y mejorar las prácticas financieras de mercado así como las regulaciones del mercado.

El desafío número cuatro para el partido consiste en retirarse de la economía. Esto no es solamente una controversia sobre la utilización más eficiente de los recursos, donde el partido ha hecho grandes progresos<sup>15</sup>, sino sobre una mejor forma de gobierno. Durante un periodo de los años noventa se pensaba que China podía aprender de Japón y Corea. Pero la década perdida de Japón y el derrumbamiento del won en enero de 1998 hicieron desaparecer tales esperanzas del régimen de convertir a China en un país desarrollado en el continente asiático. La gran oleada de créditos bancarios de dudoso cobro en los años subsecuentes sólo sirvió para subrayar los peligros de la participación estatal en el proceso de asignación de capital. Mientras tanto, el pluralismo institucional inherente a los regímenes posttotalitarios se fue acentuado, las empresas dominadas por los gobiernos central, provincial o municipal competían y cooperaban sin las barreras políticas y sectoriales. La venta de empresas es una necesidad imperiosa para impedir que la competencia de mercados para filtrar las

jerarquías políticas aumente la rivalidad entre las distintas burocracias. Esto fue una importante motivación del régimen para acelerar el proceso de separación entre la economía y la política. Las empresas extranjeras fueron organizadas como grupos de presión oficiales en Beijing. Las empresas chinas les siguieron mientras las administraciones locales manejaban las influencias del partido para asegurar la mayor influencia posible.

El factor decisivo para el futuro de China reside en la zona común cada vez más amplia entre los reformadores y los prooccidentales del partido. Ambos están de acuerdo en que la integración en el mundo significa la aceptación por parte de China de una creciente dependencia económica y política.

## CHINA EN UN MUNDO INTERDEPENDIENTE

Dejemos por un momento de observar los hechos, tan apreciados por los pragmáticos líderes chinos, y miremos hacia un futuro excitante al alcance. Con un poco de imaginación podríamos ver a China en este nuevo siglo como uno de los pilares de la sociedad global junto a los Estados Unidos y a la Confederación Europea. Esa China coescribe las reglas del mundo y domina su propia región, en gran medida como hacían los emperadores antes de la llegada de los occidentales unos cuantos siglos antes. Esta China representa aproximadamente una quinta parte de la población mundial, y tiene una de las tres economías principales del mundo, ingresos per cápita en aumento, y una población más culta. Esta China representa uno de los mercados principales para los países de Asia-Pacífico, Siberia y las repúblicas de Asia Central, así como también para la India. Su alcance cultural por primera vez no conocerá barreras.

Soñando despiertos un poco más, será en 2006 cuando los dirigentes decidan que ya es hora de un cambio de régimen, justo dos años antes de la celebración en Beijing de los Juegos Olímpicos. El efecto tendría como misión profundizar la interdependencia política de China con los Estados Unidos, Japón y la Unión Europea, y así se le abrirían las puertas de todos los clubs más exclusivos del mundo. Durante mucho tiempo China ha sido un miembro de pleno derecho “de la comunidad internacional”, un poder clave en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, y un participante activo y de apoyo en la OMC. En otras palabras, China se sentirá capacitada para adoptar los ingratos procedimientos de negociación en materia de apertura de mercados y de adopción de las normas para ganarse el respeto de los círculos dirigentes del mundo entero.

La participación activa en la política de la “aldea global” viene acompañada de una estrategia doméstica de modernización. Al principio, esto se redujo a poco más que el abrazo de las fórmulas occidentales para la buena gobernabilidad, y la adaptación a sus

condiciones locales. Pero la ambición de China es hacerse un sitio entre los grandes. Mucho se ha escrito sobre la vuelta del Reino del Centro a su viejo esplendor como el centro del mundo conocido; sería más justo decir que, en un mundo interconectado sin un verdadero centro, China sería el principal polo asiático.

A pesar de lo atractivo de esta visión, los líderes chinos han estado constantemente a la defensiva ideológica desde 1989. Con la desaparición del sistema comunista, la democracia de mercado no tiene rival en el mundo. La transformación de China se está produciendo en un universo dominado por los EEUU, en donde los parámetros relativos a la seguridad, la tecnología, los créditos y el conocimiento han tenido justamente la función de alterar las relaciones de las autoridades chinas y los mercados<sup>16</sup>. La importancia reside en que el partido que tiene el monopolio del poder acepte compartir ese poder para que pueda emerger un régimen pluralista.

En cuanto a la posición de China en la estructura de seguridad global, los dirigentes chinos –a pesar de la naturaleza cíclica de relaciones ente Washington y Beijing desde la cumbre de Nixon-Mao de febrero de 1972– se han atenido a crear una relación previa con EEUU como si este fuese el principal compañero en la formación de un ambiente benigno para el país para concentrarse en su tarea de desarrollo. Los vecinos de China también han procurado mantener unas relaciones cercanas con EEUU, tanto por precaución ante una China autoritaria, como por miedo a que un Japón caprichoso se liberase de ambos declarándose un poder nuclear naval preocupado por proteger sus propias líneas de suministro hacia Indonesia, el Océano Indico y el Golfo Pérsico. La redefinición estadounidense de la estrategia global provocada después de los acontecimientos del 11 de septiembre de un interés crucial hacia China ha hecho que Washington dé un énfasis nuevo a su seguridad interior, lo que le ha llevado a adoptar una doctrina de guerra preventiva dirigida contra toda amenaza posible. Lo que esta nueva estrategia denota es la supremacía americana en el espacio y en los océanos gracias a una premeditada selección de aliados que incluye a Rusia y la India. Esto ha reforzado los miedos en Beijing de que los EEUU puedan estar buscando *rodear* a China ante su emergencia como un poder principal sobre la escena mundial. Por si acaso, China ha optado inmediatamente por apoyar totalmente la guerra contra el terrorismo declarada por Washington. Sin duda, los objetivos de seguridad a largo plazo de China requieren que el régimen de Estados Unidos siga viéndola como a una amiga.

La relación entre las autoridades chinas y los mercados está influida igualmente por la revolución en curso de la información a escala mundial. La abundancia de tecnologías permite a los ciudadanos acceder a todo tipo de información con eficacia, minando el monopolio del Estado-partido sobre la información y consiguientemente minado el poder estatal. En los años noventa Beijing promovió activamente los teléfonos móviles e Internet, creando así las condiciones para que se organizaran grupos fuera del partido. Esto ha significado que disidentes locales podrían establecer contacto con

simpatizantes en el extranjero —a pesar del control vigilante del PCCh—, y que la información disponible en el resto del mundo esté rápidamente disponible también para los ciudadanos chinos. Ante tal competencia, la prensa estatal del partido tuvo que aumentar la calidad y la credibilidad de sus reportajes<sup>17</sup>. Esto implicó que adoptasen un papel más crítico y objetivo hacia los acontecimientos que se viven en China, lo que a su vez provocó que aumentase la información disponible sobre China en el resto del mundo. Este pluralismo dentro de la sociedad china parece incluso más claro en el aspecto religioso, donde grupos protestantes se revelan muy activos en “una iglesia casera”. Se trata de un movimiento con lazos muy extensos e incluso con misiones en el extranjero<sup>18</sup>. La gente, en otras palabras, organiza sus vidas cada vez más fuera de los parámetros del partido y a menudo con miembros de partido como participantes activos. Todo esto forma parte de la misma dinámica que hace de China un buen lugar para hacer negocios, un socio fiable, y un país digno de confianza entre los líderes del mundo.

China ocupa un lugar central en la estructura financiera global. Hong Kong es uno de los tres pilares, con Londres y Nueva York, de las finanzas globales. China es un proveedor neto de ahorros al resto del mundo y —aunque el sector financiero de China en este momento esté protegido y lleno de problemas— la elite financiera de China tiene gran peso en la experiencia reguladora de mercados financieros en EEUU, el Reino Unido, Singapur y Taiwán. Sin embargo, los líderes chinos deben en llevar a cabo todavía el delicado camino de las reformas financieras de mercado. Aquí, el mantenimiento de la confianza de los ahorradores chinos es una preocupación suprema. Esto significa que el Gobierno tiene que realizar un esfuerzo a largo plazo para asegurar que el partido elige a las personas mejor cualificadas por su conocimiento y capacidad, no por cuestiones ideológicas<sup>19</sup>. Esto significa la persecución de una línea constante contra el fraude y el desarrollo de una cultura de confianza. Como nada de esto puede ser logrado de la noche a la mañana, los funcionarios del Ministerio de Finanzas en Beijing siguen resistiéndose a una temprana liberalización de los movimientos de capital.

El hecho de combinar el aún joven y subdesarrollado mercado de capitales local de China con el mercado de capitales mundial, dominado por los grandes bancos de inversión e instituciones occidentales, éste es visto como una apertura innecesaria de China a los caprichos de inversionistas occidentales. El mando chino no tiene ninguna intención de “cambiar de chaqueta” en el calidoscopio de expectativas globales financieras de mercado: después de su experiencia con las divisas que se derrumbaron en los mercados emergentes en los años noventa, parece que los ejecutivos occidentales han comprendido el juego. Ya en 2002, China había alcanzado a los EEUU como principal destinación para la inversión extranjera directa.

Es en el aspecto ideológico donde el régimen corre mayor peligro<sup>20</sup>. El PCCh conquistó el poder hace más de medio siglo, con un programa ambicioso socialista y fracasado. Ahora China se enfrenta a la democracia de mercado con el sello "Made in

USA", y esto presupone un mundo que debe conducir hacia la prosperidad compartida, la democracia y mejores condiciones de vida para todos. La visión está inspirada en los ideales angloamericanos liberales, sugiriendo la retirada de todas las coacciones o barreras que impidan la realización de los individuos, teniendo en cuenta que el ejercicio de la libertad de uno termina donde empieza la del otro.

Para Deng Xiaoping y sus sucesores esto es una visión que es sólo parcialmente aplicable en China, al menos en un futuro previsible. "En la China de hoy –declaró Deng– nunca podemos prescindir del liderazgo del Partido<sup>21</sup>. La tarea del partido es proporcionar la autoridad necesaria para crear 'una economía socialista de mercado'". La intención política de esta idea es crear un Estado de ley y no una democracia de estilo occidental. Los líderes chinos temen claramente las consecuencias que puedan suponer la introducción del sufragio universal, las elecciones multipartidarias, de la idea de un hombre un voto y en la libertad de expresión en un país enorme con una experiencia mínima en democracia. Unas elecciones democráticas prematuras en todo el país sólo podrían asegurar que China se convirtiera en una "democracia liberal más"<sup>22</sup>.

El problema sin embargo es que los deslumbrantes resultados económicos de China no van a ser sostenibles sin un desarrollo político. El control del monopolio de recursos del poder conduce inevitablemente al abuso, y esto es incompatible con cualquier concepto razonable de gobierno democrático. Mientras podemos estar de acuerdo con esto, es igualmente verdadero que fueron necesarios algunos siglos para que la autoridad de la ley pudiera desarrollarse en los países occidentales, y probablemente la sociedad china tardará mucho tiempo en aprender que la ley está ahí para protegerles contra un gobierno arbitrario. Además, la pregunta clave es: ¿autoridad de la ley, para quién? ¿Se trata de autoridad de la ley para corporaciones o para individuos? En Singapur –un modelo de ejemplo a seguir en algunos casos para el PCCh– el sistema legal juega un papel muy importante en la protección de inversionistas extranjeros, pero posiblemente está menos preocupado por la protección de los individuos.

Dos hechos sin embargo indican hacia donde se dirige el pensamiento de los dirigentes chinos:

– Uno es la pertenencia a la OMC como punta de lanza de los reformadores en su tarea por acelerar cambios domésticos. La estrategia de atraer al mundo occidental para facilitar el equilibrio a favor de la reforma fue explicada por el negociador de la OMC por China, Long Yongtu<sup>23</sup>, con todo detalle a los dirigentes del partido. Para justificarlo avanzó que la arquitectura industrial mundial atravesará una fase de ajuste a gran escala y consiguientemente China deberá profundizar sus relaciones, ya fuertes, con las grandes multinacionales. En este contexto, la estructura existente del Estado es incompatible con la pertenencia a la OMC. "El problema principal es que cada departamento no es sólo un árbitro, sino también un jugador, y también la misma gente que juega el juego y que fija las reglas del juego"<sup>24</sup>.

– El otro es el extraordinario golpe diplomático que significó para China en 2001 que Beijing fuera escogida sede de los Juegos Olímpicos de 2008. Igual que en los Juegos de Tokyo de 1964, y en particular los de Seúl de 1988, donde se presentaron a ambos países como importantes actores en la escena mundial. En ese momento, el anuncio por parte de los nuevos líderes chinos de un cambio fundamental en las nuevas normas políticas sería una oportunidad única para presentar a China de una manera positiva ante los medios de comunicación mundiales. Por eso es tan importante el XVI Congreso del PCCh. Establece el camino a seguir durante el mandato de Hu Jintao, hasta el siguiente congreso, un año antes de los cruciales Juegos Olímpicos de Beijing, sin duda el momento en el que China celebrará su recuperación del largo eclipse. La política y la economía chinas durante los próximos seis años estarán marcadas por las expectativas de ser relacionadas con este acontecimiento central. Sólo como una democracia, a su estilo para sentirse más seguros, puede China realizar su ambición de unirse al grupo delantero de potencias mundiales. Ya que tal estatus es una prioridad para los líderes chinos, hay motivos para esperar que harán todo lo posible para asegurar que China logre ese estatus a su manera. Hay unas olimpiadas que Beijing seguro que no tiene ninguna intención de imitar: las Olimpiadas de Moscú de 1980, que precedieron la desaparición de la Unión Soviética tan solo unos años después.

#### Notas

1. Existe una gran cantidad de libros sobre el posible rumbo de China. Ver entre otros Eric Meyer, *Sois riche et tais-toi! Portrait de la Chine aujourd'hui*, Paris, Laffont, 2002; Joe Studwell, *The China Dream: The Quest for the Last Untapped Market on Earth*, New York, Atlantic Monthly Press, 2002; Gordon G. Chang, *The Coming Collapse of China*, New York, Random House, 2001. Entre los trabajos más académicos se puede destacar: Joseph Fewsmith, *China since Tiananmen: The politics of Transition*, Cambridge UK, Cambridge University Press, 2001; Jean-Luc Domenach, *Ou va la Chine?* Paris, Fayard, 2002.
2. William Overholt, *China: The Next Economic Superpower*, Weidenfeld and Nicholson, 1993.
3. Ver Linz, Juan; Stepan, Alfred *Problems of Democratic Transition and Consolidation: Southern Europe, South America and Post-Communist Europe*. Baltimore, London: The Johns Hopkins University Press, 1996.
4. Ver Story, Jonathan *Deng's Legacy: China-on-Line*, INSEAD, 1997.
5. Lary, Diana "Regions and Nation: The Present Situation in China in Historical Context", *Pacific Affairs*, Vol. 70. No. 2. (Summer 1997).
6. Ver Scot Tanner, Murray "Cracks in the Wall: China's Eroding Coercive State", *Current History*, Vol.100. No. 647. P. 243-249.

7. Ver Bernkopf Tucker, Nancy "The Taiwan Factor in the Vote on the PNTR for China and its WTO Accession", *NBR*. Vol.11. No. 2, (July 2000). P. 5-18.
8. Ver Tseng Wanda; Zebregs, Harm "Foreign Direct Investment in China: Some Lessons for Other Countries". *IMF Discussion paper*. PDP/02/3. También, Lemoine, Françoise "FDI and the Opening Up of China's Economy". *CEPII*, WP No.11 (Junio 2000).
9. "Remarks by the President in address on China and the National Interest", *Voice of America*, Washington D.C. (October 24, 1997). The White House. Office of the Press Secretary.
10. Ver Bueno, Rafael; Story, Jonathan "China as a status quo power: a revolutionary strategy in the global power structure", *China Perspectives*, (November 2001).
11. "Viewing China Through a Third Eye" traducción en FBIS Daily Report, China (Supplement), 19, April 1995.
12. Sobre este tema se puede consultar Goldstone, Jack A. "The Coming Chinese Collapse", *Foreign Policy*. (Summer 1995). P.35-54.
13. Ver International Finance Corporation, "China's emerging private enterprises: prospects for the new century", <http://www.worldbank.org.cn/English/IFC/pssr.pdf>
14. Sobre estos calculos ver Asian Development Bank, *Emerging Asia: Changes and Challenges*, Manila, 1997.
15. Anhang Hu, "The Chinese Economy in Prospect", in *China, the United States and the Global Economy*, ed. Shuxun Chen, Charles Wolf, Jr. Santa Monica, CA, Rand Corporation, 2001. P. 99-146
16. Ver Strange, Susan *States and Markets*. London: Pinter, 1988.
17. Keohane, Robert O.; Nye, Joseph S. "Power and Interdependence in the Information Age", *Foreign Affairs*, Vol.77. No.5. P. 81-94.
18. Ver *US State Department's Annual Reports on International Religious Freedom*. Ver también el excelente artículo de Kindopp, Jason "China's War on Cults". En: *Current History*. Vol. 101. No. 656. P. 259-266.
19. Ver Heimann, Sebastian "Der Aktienmarkt der VR China" (I), (II). Center for East Asian and Pacific Studies, Trier University, Germany. *China Analysis*. No. 3. (May 2001).
20. Mandelbaum, Michael *The Ideas That Conquered the World: Peace, Democracy, and Free Markets in the Twenty-First Century*. New York: Public Affairs Group, 2002.
21. Deng Xiaoping, "The necessity of upholding the four cardinal principles in the drive for the Four Modernisations". En: *Major Documents of the People's Republic of China*. Beijing: Foreign Language Press, 1991. P. 49.
22. Ver Zakaria, Fareed "The rise of illiberal democracy", *Foreign Affairs*, (Nov/Dec. 1997). P. 22-43.
23. Long Yongtu, "On the Question of Economic Globalization" *The Chinese Economy*. Vol. 33. No. 1, (January-February). P. 53-76.
24. Long Yongtu, "On the Question of Our Joining the World Trade Organization". *The Chinese Economy*. Vol. 33. No. 1, (January-February 2000). P. 28.